

- Lot.* (Poniéndose en posición militar, cuadrado de cabeza y pié.) Seguramente. [Al partir.] ¿Qué clase de Conde es éste? (Volviéndose en la puerta saluda con afectación. Vase.)
- León.* [Indicándole que se siente.] ¿Hace mucho tiempo que faltáis de la patria, señor Conde?
- Conde.* He vivido un cuarto de siglo en los Trópicos.
- Leon.* ¿Por vuestro gusto?
- Conde.* Por cuanto puede estimarse como tal. Además mis negocios principales allí radican en el comercio de café, de marfil, y si á mano viene, hasta de prudencia.
- Leon.* (Riendo.) ¿Y por cuál de esos títulos puedo daros la bienvenida, señor Conde?
- Conde.* Por el que gustéis, señorita!
- Guill.* (Entrando.) El señor Comendador suplica que entreis. [Se levantan.]
- Conde.* Voy en seguida.
- Rob.* Yo debo ir...
- Conde.* Debes permanecer aquí. Yo hablaré a solas con tu principal. (Bajo.) No me contradigas. ¡Tunante! Con que me ocultabas esto... (Alto.) Este joven me ha contado sus penas durante diez años en todos los tonos —No me parece mucho que yo le condene á esperar diez minutos para saber algo bueno de cuenta mía.
- Leon.* (Amenazándole con el dedo.) Ah! señor Conde...
- Conde.* A vuestras órdenes, señorita. (Vase.)
- Leon.* (Tomando la mano á Roberto.) Por fin, Roberto, ya estáis con nosotros.
- Rob.* Desde el fondo de mi corazón, agradezco á la señorita Leonor sus bondadosas palabras.

- Leon.* Oh! Cómo sois circunspecto y solemne! Mis bondadosas palabras no son por caridad. Son perfectamente sentidas. Venid acá (Va á la chimenea.) Sentaos aquí al calor, frente á mí. Debeis sentirnos helado en la fría Alemania. Esperad mientras avivo el fuego. (Toma el fuelle.) En la India no se necesita la chimenea, ¿no es cierto? Oh! si supierais Roberto, qué contenta estoy de vuestra venida! Y ahora que lo sabeis deseo que prescindamos de cumplimientos y ceremonias. ¿Os parece bien?
- Rob.* ¡Qué buena sois! Pero os suplico que no agraveis mi situación.
- Leon.* Guárdeme Dios de semejante cosa.
- Rob.* Lo hariais continuando de esta manera; haciendo surgir ante mis ojos la imágen de una felicidad oculta para siempre.
- Leon.* No! si siempre sois para mí el mismo de nuestros primeros tiempos.
- Rob.* Lo sé. Y Dios lo sabe también. Pero presumo que tanta felicidad es quizá un anuncio funesto para nosotros.
- Leon.* (Contrariada.) ¿Lo creéis así?
- Rob.* Dios mío! Comprendedme bien. No debo hablar como quiere mi corazón. ¿Recordais lo que me dijisteis al oído el día de nuestra despedida?
- Leon.* ¿Y bien?
- Rob.* "Sigue queriéndome como ahora," deciais.
- Leon.* ¿Así decía? ¿Precisamente así?
- Rob.* Semejantes palabras no se olvidan nunca, Leonor.
- Leon.* ¿Conque así lo decía? Pero si... teníamos prohibición de hablarnos de tú.
- Rob.* Y sin embargo, lo decíamos.
- Leon.* ¿Y por qué antes sí y ahora no?

- Rob.* Leonor, no me tomeis como cosa de juego.
- Leon.* Teneis razón, amigo mío, no es conveniente. Es que la alegría de veros me trastorna el juicio; pero me estais demostrando claramente que mi sueño de la infancia debe concluir.
- Rob.* Debe concluir por fuerza. Vuestro padre, en un impulso generoso me levantó de la humilde clase á que pertezco. Todo lo que pienso, todo lo que siento lo debo á él. Por eso he perdido todo derecho sobre mí mismo. Soy esclavo de esta casa y no tengo razón alguna para usar confianzas con la joven hija de mi principal, bajo cualquiera forma que sea.
- Leon.* Vuestro mismo orgullo os da la respuesta.
- Rob.* Quizás será mi orgullo el que me obliga á llevar esta esclavitud.
- Leon.* ¿Y no sois capaz de sacrificarme un poco de ese orgullo?
- Rob.* No me atormentéis. No es ésta la única razón. Sólo en este momento, á vuestro lado, es cuando encuentro algo como una pérdida patria, pero sería un miserable egoísta, si quisiera dar pábulo á este sentimiento, porque allí detrás, en aquel solar, vive mi familia: mi padre, mi madre, mi hermana. Oh! Señorita, en aquella casita se vive de bien diversa manera que como vuestra exesiva bondad puede figurárselo.
- Leon.* ¡Ah, mi querido amigo, no es necesario ir á la India para llegar a considerarse extranjero en la propia familia!...
- Rob.* ¿También vos, Leonor?
- Leon.* Es mejor callar. (*Mülling y el Conde se ven venir por el comedor.*)

ESCENA V.

MÜLLING, EL CONDE y los mismos.

- Müll.* Conque, mañana á comer conmigo, señor Conde. Ah! está aquí el jóven Roberto! Bien venido. (*Le estrecha la mano con aire de protección.*) Venís ya para entregar las cuentas?
- Rob.* He venido solamente por ofreceros mis respetos, Señor Comendador. Las cuentas están todavía en mi equipaje.
- Müll.* Está muy bien. No hay gran urgencia. ¿Qué negocio te ha traído aquí, Leonor?
- Leon.* Una cosa muy natural. He querido dar la bienvenida á Roberto.
- Müll.* ¿No sabes que tu madre ha preguntado por tí? Venid joven; tengo para vos algún proyecto que comunicaros... Señor Conde, ya sabéis que para vos no tengo secretos. (*Invitándolo.*)
- Conde.* Será mejor que esteis solos. (*A Roberto.*) Te espero aquí.
- Leon.* Nos veremos, Roberto. [*Le estrecha la mano*]
- Müll.* Em!... [*Se van Mülling y Roberto.*]
- Leon.* Señor Conde, ya lo habeis oído: debo despedirme.
- Conde.* Señorita... (*Leonor va á la izquierda, él la sigue con los ojos; cuando se vuelve riendo, la hace una seña con el dedo.*)
- Leon.* (*Sorprendida.*) ¿Qué significa, señor Conde?...
- Conde.* Um! A, decir verdad, señorita, significa... (*Aplaudiendo con las manos.*)
- Leon.* ¿Y qué quereis decir con eso?
- Conde.* Quiero decir... (*Haciendo con la mano un embudo en la boca.*) Bravísimo!

Leon. [*Seria.*] No comprendo, señor Conde.....
(*Transición.*) Ah!... sí... ya he comprendido.
(*Sonríe Va á él con resolución y la tiende la mano.*)

Conde (*Tomando la mano de Leonor.*) Así, así está bien.

Leon. (*Ceremoniosa.*) Señor Conde! [*Leonor se va mostrando aire de graciosa malicia.*]

Conde (*Con una reverencia.*) Señorita! En verdad que esta joven es excelente... Mejor será para él. Es necesario que sea para él.

ESCENA VI.

CARLOS, LOTARIO, HUGO y CONDE, éste en el fondo á la izquierda.

Car. Valor, Hugo, adelántate!

Conde (*Reconociéndolo.*) Todavía no.

Car. (*Reconociendo al Conde con espanto, acercándosele y en voz baja.*) ¿Me buscáis á mí, señor?

Conde No, pero me alegra encontraros.

Car. ¿Con quién tengo el honor?

Conde Con el Conde Trast.

Car. (*Con embarazo y cori'edad.*) Ah! Debemos la visita del señor Conde, al señor Heineke... Sera un conocimiento el de vds. hecho durante el viaje...

Conde Y vos... ¿sois hijo del señor Comendador Mülling?

Car. Oh! pido excusa por mi distracción. Sí, señor Conde. ¿No es cierto que tenemos los dos bastante mundo para olvidarnos de la escena de anoche?

Conde ¿Así lo creis?

Car. La muchacha es bien formada, y yo lo sé mejor que ninguno. Participo del buen

gusto del señor Conde, pero me cabe el derecho de prioridad y espero que no seremos rivales.

Conde Mucho menos todavía porque el hermano de la jóven es el mejor de mis amigos.

Car. (*Asustado, después de breve pausa.*) ¿Y qué cosa pensais hacer?

Conde Todavía no lo sé. Si me fuese dado escogerlo, me imagino que cumpliríais vos vuestro deber, ó romperíais en seguida vuestras relaciones. De esa manera me vería obligado á callar...

Car. Y de otro modo, ¿qué sucedería?

Conde Eso corresponde resolverlo al señor Heineke.

Car. ¿Seguramente creis que yo me batiré con mi dependiente?

Conde Con...vuestro...¿qué?...ah! ya!...comprendo.

Car. Señor Conde, podeis hacer lo que más os plazca.

Conde Eso es lo que hago habitualmente. El señor Heineke se encuentra en este momento con el señor Comendador. ¿Me permitís esperar aquí algunos minutos para evitar un diálogo entre vosotros? Pretendo también evitar que os estrecheis la mano.

Car. Tomad esta habitación como vuestra, señor Conde.

Conde Mi agradecimiento por tal favor. [*Se separan. El Conde finge mirar los cuadros. Carlos va hacia el fondo.*]

Lot. (*A Hugo.*) ¿Qué negocios tienes, por fin, Carlos, con ese hombre?... Aunque, si bien me acuerdo, cierta ocasión en mi Regimiento figuró un conde Trast...sí... que hizo algo no muy limpio que digamos. Atiende ahora.

- Hugo* (Con ansiedad.) ¿Pretendes emprender contienda con él?
- Lot.* ¿Por qué no? Ese hombre me ataca el sistema nervioso. (Acercándose al Conde.) El señor Conde parece ser amante de la soledad!
- Conde* (Volviéndose cortesmente.) En efecto, amo la soledad.
- Lot.* Eso podría tomarse por una descortesía y mi honor!...
- Conde* [Mirándole fijamente.] Ah! Vuestro concepto de honor parece andar sobre el filo de un cuchillo, señor... ¿qué?
- Lot.* Me llamo Lotario Brand, y creo necesario añadir que soy oficial supernumerario en el Regimiento de Húsares Imperiales.
- Conde* [Amabilísimo.] ¿Nada más?
- Lot.* Nada más, señor Conde.
- Conde* Os pido excusas por mis preguntas. Se hace el servicio de supernumerario solamente en tiempo de guerra, y como ahora es de paz, suplico que me expliqueis...
- Lot.* Señor Conde! Se hace también el servicio de supernumerario para ejercitarse en el manejo de las armas.
- Conde* ¿Y necesitais de mí para ejercitaros en las armas?
- Lot.* ¿Me permitirá el señor Conde una pregunta?
- Conde* Cuantas querais.
- Lot.* En el Regimiento del cual tengo el honor de formar parte, hubo hace algunos años un jóven oficial que llevaba el nombre vuestro.
- Conde* Sí, y posible es que fuera yo mismo.
- Lot.* El oficial á que me refiero figura dado de baja como militar indigno, en el Registro del Regimiento.

- Conde* Puede ser cierto... Seguramente. (Sin indignarse.) Y si usted, señor mío, teniendo como ciertos esos antecedentes, quiere expresarme su deseo de no saludarme cuando me encuentre, yo le dispense desde ahora de su salud. [Se inclina con indiferencia, toma una cartera ó libro de memorias que habrá sobre la mesa y lo hojea.]
- Hugo* Yo no me he encontrado nunca en una situación tan singular como ésta. (Va junto al Conde y se inclina.) ¿Me permitís?... Me llamo Hugo Stengel...
- Conde* (Volviéndose y muy marcado.) ¿Cómo? (Como si no hubiese comprendido.)
- Hugo* Hugo Stengel... [El Conde se inclina con amabilidad y hablan los dos.]
- Car.* (Avanzando cautelosamente hacia Lotario) ¡Insensato! ¿Qué estás haciendo? ¿No sabes que el Conde Trast es el que norma en el mercado el alza ó baja del café? ¿Quieres arruinar con tu imprudencia el comercio de tu padre?
- Lot.* [Sorprendido.] ¿Por qué no me lo dijiste antes?
- Car.* Necesitas remediar el mal inmediatamente.
- Lot.* Si tú encuentras forma correcta...
- Car.* Señor Conde... mi amigo Lotario deplora...
- Lot.* [Alto.] Deplorar! no me parece la exacta palabra, querido Cárlos.
- Car.* [Vacilando.] Ciertamente!.. él... él...
- Conde* Entiendo: su amigo desea que se tomen por no dichas sus palabras.
- Lot.* En rigor, ese es el fin del asunto, querido Cárlos.
- Conde* Correspondiendo á tal generosidad, yo tengo el mismo deseo.
- Car.* Queda, pues, terminado el incidente.

- Lot.* Y yo me permito manifestar el placer que siento en conocer personalmente al hombre que hace tantos años aprecio por sus obras.
- Conde* Veis, señor Teniente, que no era inútil esperar que nos entenderíamos y muy pronto. Señores! el señor Brand hijo, heredero futuro del honorable nombre comercial Brand y Stengel, me ha dado en este momento una lección privada sobre el tema del honor. Permitidme que yo responda públicamente. (*Siéntase á la derecha.*) Sea dicho en confianza. El honor no existe!... [*Sorpresa general.*] No hay que asustarse. Lo que yo diga no hara mal á ninguno.
- Lot.* ¿Y qué es lo que llamais honor?
- Conde* Lo que en lo general se llama honor, probablemente no es otra cosa que la sombra que proyectamos cuando el sol de la pública estimación nos alumbra. Y lo peor de todo es que tenemos tanta diversidad de honores, cuantas son las diversas clases sociales y las ideas que se profesan.
- Lot.* Se equivoca el señor Conde. No hay más que un honor, como no hay más que un sol y un Dios solamente. Así debe entenderlo todo hombre correcto.
- Conde* Permitidme que os cuente una breve historietta. En uno de mis viajes al través del Asia Central, llegué á la casa de un príncipe del Tibet; estaba yo cubierto de polvo y muy cansado. El me recibió sentado sobre su trono; al lado suyo estaba su jóven y bellísima esposa.—Descansa, extranjero; me dijo: mi esposa te preparará un baño y después, connosotros los hombres irás á cenar; y me dejó solo con la hermosa joven. Señores, nunca en mi vida tuve ocasión como

- aquella para probar mi dominio sobre mí mismo. Cuando entré en la sala ¿qué creereis que encontré? Todo el séquito del Príncipe sobre las armas, con las espadas medio desenvainadas, gritando y especialmente el príncipe que decía: ¡Debes morir! Has ofendido el honor de mi casa, porque has despreciado el objeto más precioso que yo pude ofrecerte. Ved, pues, señores; yo vivo todavía, porque logré escusarme en vista de la idea incompleta que tienen sobre el honor los bárbaros europeos. [*Se ríe.*] Si acaso veis á alguno de nuestros modernos poetas del adulterio, lo saludareis de mi parte y podeis regalarle esa historietta. [*Todos ríen y van poco á poco á la izquierda.*] Señores, no quisiera que me juzgarais un hombre frívolo. Es una cosa moral, en sí misma, indagar el enigma de la cortedad. Vemos, además, que está en la naturaleza del llamado honor, que no debe de ser poseído, sino de muy pocos: de un pequeño número de semi-dioses, porque es un sentimiento que pierde su valor á medida que la plebe osa apropiárselo.
- Lot.* Mas esto, señor Conde es una paradoja. A cada uno le es concedido ser un hombre de honor.
- Conde* Al contrario. Porque entonces el primer pobre diablo que venga de su oficina, podrá reclamar para sí el honor de las gentes de condición elevada. [*Carlos se fija en el golpe.*]
- Lot.* Si obrase según las reglas de esas mismas gentes.....
- Conde* Uhm!... Podría también á este respecto contaros otra brevísima historia, si no tuviera temor de fastidiaros.

Lot y Hugo. No... no...Contadla.

Conde Esto sucedió en un lugar de la América del Sur. Allí, los españoles forman la aristocracia. La hez del pueblo es una mezcla de negros, indios y toda especie de plebe blanca. Un hijo de esa impura raza, se llamaba... se llamaba... Pepito! sí, Pepito. Pues bien, la ocasión de ser trasladado á su madre patria española le hizo aprender algo del verdadero honor castellano. [*Haciéndose aire del lado izquierdo.*]

ESCENA VII.

LOS MISMOS y ROBERTO que entra por el foro
sin ser visto.

Conde Cuando volvió después de algunos años, encontró á su hermana en *amistad muy íntima* con un joven aristócrata. Señores míos, no debemos indignarnos! Según su procedencia, este era el destino de aquella jovencita. Mas el hermano *Pepito*, se permitió pedir satisfacción al amante, como si su origen plebeyo pudiera igualarse al del hidalgo por quien se hallaba ofendido. (*Marcando con mucha intención el relato.*)

Carl. (*Para sí.*) Habla de mí.

Conde Ya veis, señores, que esta era una locura y él fué rechazado como un loco. Pero ahora es cuando se descubre la verdadera índole del joven. Como un bribón, se pone en asecho del aristócrata y lo mata como á un perro. Fué condenado á la horca, y todavía con la soga al cuello, aquel imbécil... se llamaba Pepito, casi estoy seguro; tenía el atrevimiento de asegurar que moría por su honor.

¡No os parece verdaderamente ridículo?
(*Todo con mucha intención.*)

Rob. (*Avanzando.*) Estais en un error, querido amigo. Aquel imbécil estaba en su perfecto derecho y yo hubiera procedido del mismo modo (*Todos se levantan*)

Conde Ah! ¿Tú aquí? [*Yendo pronto á su encuentro le dice bajo.*] Tú no conoces aquí á ninguno. No veas á nadie... Ven, por aquí. [*Lo empuja hacia la puerta.*]

Rob. (*Bajo.*) ¿Qué? ¿No es Cárlos aquel que está ahí?

Conde Son extranjeros: ven. (*Alto.*) Escusadnos, señores, tenemos prisa. Adios.

Lot. (*A Carlos.*) Un momento, Señor Conde. Una sola pregunta: (*Sardónico.*) Si me haceis el obsequio, decidme: El hombre que desee tener honor en el mundo, ¿qué cosa debe poner de su parte.

Conde [*Irguiéndose.*] El cumplimiento del deber, joven... aunque á decir verdad, eso es algo más incómodo... Señores... (*Saludando.*)

Car. Fué mucho honor para nuestra casa, señor Conde...

Rob. Perdón! No sois vos el señor Cárlos Mülling?

Car. El mismo.

Rob. (*Confuso.*) Como ahora... estais... no recordaba. ¿No me conocéis? Yo soy... [*Hace por tenderle la mano.*]

Conde (*Interponiéndose.*) Tú no darás la mano á este señor!

Rob. [*Mirando en torno, confuso, primero á Carlos, después al Conde y nuevamente á Carlos, da un grito y dice dominándose.*] Os suplico me concedais una entrevista: los dos solos, señor Mülling. (*Reconcentrado é intencional.*)

Car. Como veis, en estos momentos atiendo á estos señores que me han venido á visitar... Dentro de una hora estaré á vuestra disposición.

Rob. [*Con dignidad.*] ¡Dentro de una hora, señor Mülling! [*El Conde toma á Roberto del brazo y se van por el fondo mientras cae el telón.*]

FIN DEL SEGUNDO ACTO.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RAYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero. Lámpara de petróleo encendida sobre la mesa. La luz del alba entra por la ventana. En el fondo derecha una cama provisional todavía hecha. Junto á la cama un baul-mundo.

ESCENA I.

ROBERTO sentado ante la mesa, con la cabeza entre las manos. Luego la Sra. Heineke con gorro de noche y basquiña de lana.

Sra. H. Buenos días, hijo mío. (*Roberto no responde.*) ¡Misericordia! Si no se ha acostado aún— [*Se acerca á él limpiándose los ojos.*] ¡Robertino mío!

Rob. (*Alzando la cabeza.*) ¿Quién es?... ¿qué me quieren?

Hein. ¡Jesús, cómo grita! Te castañetean los dientes de frío. ¿Quieres café? (*Roberto mueve bruscamente la cabeza negando.*) Roberto, acepta un buen consejo de tu vieja madre. Aun cuando el hombre tenga penas, debe dormir porque el sueño da fuerzas al cuerpo. (*Apaga la lámpara.*)

Rob. ¡Madre, madre mía! .. ¿Qué es lo que ustedes han hecho?

Hein. (*Llorando.*) Nosotros no tenemos ninguna culpa, hijo mío...

Rob. ¿Ninguna culpa? Pero madre...

Hein. Yo la he educado honradamente: en esta casa no ha tenido ningún mal ejemplo; he